

Mijaíl Afanásevich Bulgákov (1891-1940) es uno de los autores rusos más importantes de la historia. Aunque se le conoce sobre todo por su fantasmagórica novela *El maestro y Margarita* (escrita entre 1928-1940, y publicada entre 1966-67), también escribió otras obras narrativas, entre las que se destacan *Una novela teatral* (1939) y *Corazón de perro* (1925), así como muchas de las obras teatrales rusas más populares de la primera mitad del siglo veinte. Nacido en Kiev en una familia de sacerdotes, Bulgákov estudió medicina y trabajó durante algún tiempo en una aislada consulta rural, una experiencia que describió en su ciclo de relatos *Apuntes de un joven doctor* (1926). A principios de los años veinte se trasladó a Moscú y comenzó a trabajar como dramaturgo, novelista y colaborador de diversos periódicos. Sin embargo, su temprano éxito no bastó para librarle de acusaciones de ser un escritor antisoviético, y a finales de la década comenzó a tener problemas para publicar. La última década de su vida se distinguió por decepciones continuas, ya que se le impedía publicar sus obras y solo podía ganar algún dinero como escritor a sueldo de diversos teatros moscovitas, produciendo obras y libretos que pocas veces se representaban. La gran parte de sus energías artísticas se encontraban reservadas para el trabajo en *El maestro y Margarita*, aunque era consciente de que no podría publicarse durante su vida. Bulgákov murió de un fallo hepático en 1940.



Marta Rebón (1978-) estudió en la Universidad Pompeu y Fabra de Barcelona. Está considerada una de las principales traductoras del ruso de la nueva generación. Ha recibido multitud de galardones por su trabajo, entre los que destacan el Premio Yeltsin por la mejor obra traducida del ruso por *Vida y destino*, de Vasili Grossman, que recibió en 2009, el primer año en concederse, y que fue también elegido como el libro del año por el periódico *El país*. Sus otros trabajos includen versiones de clásicos como *Doctor Zhivago*, de Borís Pasternak, *Envidia*, de Yuri Olesha, o *El fiel Ruslán* de Gueorgui Vladímov, entre otros. También ha traducido autores jóvenes contemporáneos tales como Alisa Ganíeva y Zajar Prilepin.



abril 2014

El maestro y Margarita

Mijaíl Bulgákov

Traducción de Marta Rebón

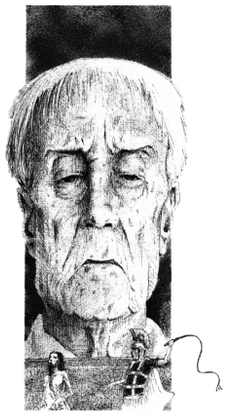
Introducción de Ricardo San Vicente

Ilustraciones de Alfonso Rodríguez Barrera

NOVELA
ISBN: 978-84-941637-4-6
PVP: 28 €
TAPA DURA CON SOBRECUBIERTA

El demonio visita Moscú.

Su principal objetivo es sembrar el caos, y encontrar almas que corromper. Un baile con tintes satánicos es el escenario elegido para abrir las puertas del infierno. Un extraño gato que habla trae la ruina a quienes se cruzan en su camino. En un manicomio de las afueras, un prisionero se lamenta por su amor perdido, y sueña con el manuscrito de su novela, que él mismo ha destruido. ¿O tal vez no? ¿Podría tratarse de la novela que estamos leyendo?



El maestro y Margarita está considerada la novela más importante del periodo soviético, una mordaz sátira sobre la vida en los años treinta del pasado siglo, que es a un tiempo una hermosa meditación sobre el papel de la fe en la vida humana, el poder del amor, y el poder trascendente de la literatura Bulgákov dedicó doce años de su vida a escribir esta novela, que no llegó a ver publicada en vida. Durante unos treinta años después de su muerte permaneció oculta, publicándose un texto inacabado de la misma en 1968. Dicha edición, sin embargo, no se correspondía con las últimas instrucciones ni deseos de su autor. En 1990, un investigación académica del Instituto Gorki de Moscú, que contó con la ayuda de la viuda de Bulgákov, concretó un texto definitivo para una de novelas más relevantes y leídas de la literatura rusa.

Esta edición cuenta con una renovada traducción del texto definitivo a cargo Marta Rebón que trae a nuestro siglo la resplandeciente prosa de Bulgákov. La edición cuenta así mismo con un prólogo a cargo del eslavista Ricardo San Vicente, y siete láminas del ilustrador Alfonso Rodríguez Barrera.

NEVSKY

«Más adelante, cuando, a decir verdad, ya era tarde, diversas instituciones presentaron sus informes con la descripción de ese hombre. El cotejo de los documentos no puede sino suscitar estupefacción. Así, en el primero de ellos se decía que era de pequeña estatura, que tenía dientes de oro y cojeaba de la pierna derecha. En el segundo, que era de un tamaño enorme, que tenía dientes con coronas de platino y renqueaba de la pierna izquierda. Un tercer informe afirmaba lacónicamente que el hombre carecía de especiales rasgos distintivos.

Hay que admitir que ninguno de esos informes servía para algo.

En primer lugar: el hombre al que se describía no cojeaba de ninguna pierna y no era ni pequeño ni enorme, sino simplemente alto. Por lo que respecta a los dientes, en el lado izquierdo tenía coronas de platino y, en el derecho, de oro. Vestía un traje gris caro y calzaba zapatos del mismo color, fabricados en el extranjero. Llevaba una boina de paño gris, ladeada de modo desenfadado sobre una oreja, y bajo el brazo llevaba un bastón con una empuñadura negra con la forma de una cabeza de caniche. A juzgar por su aspecto, tenía cuarenta y pico años. La boca, un poco torcida. Bien afeitado. Moreno. El ojo derecho, negro; el izquierdo, por alguna razón, verde. Las cejas, oscuras, y una más alta que la otra. En resumidas cuentas, un extranjero.

Al pasar junto al banco en el que estaban instalados el editor y el poeta, el extranjero los miró de soslayo, se detuvo y se sentó en el banco contiguo, a dos pasos de los amigos.

"Alemán", pensó Berlioz.

"Inglés –pensó Bezdomni–. Caramba, debe de tener calor con esos guantes."

El extranjero miraba los edificios altos que rodeaban el estanque por los cuatro lados; era evidente que contemplaba ese lugar por primera vez y que le resultaba de lo más interesante. [...]

Berlioz y Bezdomni lo miraron con asombro.



–Les ruego que me disculpen –empezó a decir el recién llegado con acento extranjero, pero sin deformar las palabras– por tomarme la libertad, sin conocernos de nada... Pero el tema de su erudita charla es tan interesante que...

Al decir esto, se quitó educadamente la boina y a nuestros amigos no les quedó otra que levantarse y saludar con una reverencia.

"No, más bien francés...", pensó Berlioz.

"¿Polaco?", pensó Bezdomni.

Cabe añadir que el extranjero, desde sus primeras palabras, causó en el poeta una impresión nefasta, mientras que a Berlioz más bien le agradó o, mejor dicho, no es que le agradara sino que... ¿Cómo expresarlo...? Le resultó interesante, o algo así.

–¿Me permiten que tome asiento? –preguntó con gentileza el extranjero, y los amigos, casi involuntariamente, le hicieron sitio [...]»